



SOPLIDO DEL DIABLO

Ignacio Robles Gallardo

jagdtiger@outlook.es

Corría un vendaval de infierno por las montañas de Talagante, las plantaciones de trigo del fundo La Campiña de Mallarauco que se perdían a la vista hacían que se sintiera mucho más caluroso, una atmósfera asfixiante, quemante, sofocadora del verano peñaflorino.

—Estos vientos son “el soplío del diablo” decía Don Pascual Torres, un antiguo peón a cuatro niños que le escuchaban atentos.

—¿Ustedes han escuchado la leyenda del Wekufe? — preguntó a los niños el anciano.

—Pues no, jamás lo habíamos escuchado— responde Luis, el menor de los oyentes.

—Verán niños, cuando baja de Mallarauco el soplío del diablo, significa que el Wekufe anda merodeando—

—¿Y qué es el Wekufe si se puede saber? — demanda saber con curiosidad Javiera, la niña.

—El Wekufe es un demonio malvao y belicoso que habita estas tierras desde antes que llegaran los indios, desde antes de los tiempos, desde antes de todo lo que se conoce del mundo, desde antes de Dió incluso— responde el viejo con ojos chispeantes de convencimiento— veréi niños que no debei salir de noche mientras esté el Wekufe dando vueltas por los campos, porque quizá qué pasaría con ustedes, oh, pobres criaturas—.

—Ja, ja, ja, boberías, ni un bebé se creería esos cuentos de viejo, yo soy valiente y no le temo a nada— Responde irónicamente Juan el mayor de los niños—

—Ríase nomas Don Josesito, que lo que yo les cuento no son pah náh chismes, el Wekufe vive en este cerrillo de aquí atrasito del fundo y cuando lo vean se van a acordar de mí— dijo el viejo— tómelo, Don Josesito, esto le ayudará a defenderse del malévolo bicho, dicen que es inmortal pero que la plata le causa mucho daño y es por eso que este cuchillo de plata se lo doy porque lo va a ayudar cuando más lo necesite—.



Pasaron los días y salen los niños a jugar a las escondidas al parque de la casa cuando ya el cordón de Mallarauco había absorbido los últimos rayos del quemante sol de verano.

Es en ese momento que el soplido del diablo trae consigo algo más, fundido al abrazador calor que poco a poco iba perdiendo su intensidad los gritos de auxilio de un pobre hombre.

—¡Caray! — Dijo José—¿Qué no es un hombre el que está clamando por ayuda? —
—Sí, no hay duda, es un hombre el que se está ahogando— exclama Luis, el menor de los hermanos.

Sin dilación toman la cabalgadura olvidando a la mujer del grupo que había ido a avisar a la casa lo que estaba pasando.

—¡Espera!, ¡espera!, que hemos olvidado a Javiera— dijo Luis.

—Qué importa, tiene que quedarse en la casa además que no podría porque ya no caben más— contesta Juan, y rápidamente emprenden galope hacia las aguas del Mapocho que cruza las tierras del fundo a no muchos metros de distancia de donde se encontraban.

Al llegar al sitio de donde provenían los desesperados gritos de auxilio logran ver que en el medio del estero alguien agitaba ferozmente los brazos y les hacía señas.

Una vez lograron llegar hasta el desgraciado hombre casi moribundo y arrastrarlo hasta aguas menos profundas, éste les dice con voz clara y suave de hombre instruido aun cuando en apariencias era un verdadero guiñapo: —que buenos niños sois, me habéis ayudado a cruzar las aguas cuando emprendía rumbo a la segura muerte, os recompensaré con riquezas, fortuna y lo que queráis de mí, todo lo tendréis— les dice el hombre.

—Pues claro que sí, es lo menos que podría darnos después de haberte salvado la vida ¿eh? — le dice José y le sigue un agitado Juan: —más te vale que cumplas tu palabra, mira que no sabes acaso que nuestro padre es un gran militar? Es un Carrera y él puede hacer que os encarcelen por mentiroso y pillo—.

—Pues claro, siempre cumplo mis promesas, buenos niños, por favor, si sois tan amable arrímadme al peñón aquel, que es donde yo vivo...— dijo el viejo.



—¿y qué es lo que hacías cruzando el río? ¿que no sabes acaso utilizar el viejo puente? ¿tienes nombre? Pues habláis bien para ser un simple peón— le pregunta el joven Luis algo sorprendido.

—Pues verás— dice el viejo— mi nombre es un secreto, no os lo puedo contar porque a mi ama le prometí que jamás lo diría, yo acostumbro a cruzar por las aguas, pues los puentes no me dan confianza, menos éste, y ahora llevadme hacia donde les dije si sois tan amables y no más preguntas—.

—caray!— sentencian extrañados los niños ante la cortante respuesta del ahogado.

Al llegar a las faldas del cerro por detrás de la casa de los jóvenes hermanos el viejo se ríe y les dice: —vais a tener todo lo que dije, pero tendréis que venir los cuatro hasta la cumbre del peñón, donde yo vivo, no tardaréis mucho en escalarlo y deberéis hacerlo por este mismo lado mañana a las doce de la noche al canto del cachudito que se posará en la ventana de vuestro dormitorio, entonces será el momento— dice el viejo. —¡He! espera anciano ¿cómo has dicho? ¿Los cuatro? —le dice un extrañado José —sí, has oído bien muchacho, los cuatro, y eso incluye a vuestra hermana que habéis olvidado, ahora marchaos, que ya os vendrán a buscar— y se retira sin más por los matorrales mientras enciende con yesca una pipa de piedra con un demoniaco rostro tallado en la cazoleta.

En ese instante llega el capataz acompañado de cinco peones quien regaña a los intrépidos muchachos, mientras la criadora no cesaba de gritar —¡mi Juan, mi Luis, mi José qué hicieron ahora! ¡por la chita! — el día terminó sin mayores revelaciones y el asunto se olvidó en cuestión de minutos, en la casa patronal se volvía a respirar aires de alivio y el frescor de la tarde impregnaba las habitaciones de un fuerte olor a bestias; “son los olores del diablo” decían los más supersticiosos, sin embargo, la verdadera razón consistía en que el “soplido del diablo” calentaba las pesebreras de Pelvín, arrastrando el rancio perfume hacia las tierras de Peñaflor.

Esa noche fría y estrellada los niños no pegaron pestañas, pues, ninguno de ellos había olvidado la promesa de aquel extraño hombre y como había logrado adivinar la existencia de la hermana ausente, es por eso que sin perder más tiempo y a hurtadillas deciden asistir al mitin que el extraño sujeto les había conminado una



vez se escucha desde los árboles el pitido del cachudito.

Sigilosamente salen por la puerta trasera del corredor vidriado y se dirigen hacia el exterior.

—¿subimos hermanos? — pregunta José. Solo alumbrados con los rayos de la luna, que esa noche en particular alumbraba toda la explanada de Mallarauco, Talagante y Peñaflores como si de un gigantesco foco se tratara; — pues ¿a qué esperamos? — y deciden escalar el pequeño peñón en búsqueda del prometido tesoro.

—habéis finalmente venido...— se escucha la voz que ronca en el ambiente como un muerto que se levanta de su tumba, momento en que empieza nuevamente el soplo del diablo como si fuera el vendaval del infierno mismo.

—no venimos a causar mal, venimos porque nos han dicho, nos han prometido...— pero Luis no alcanza a terminar la frase cuando el soplo le interrumpe nuevamente.

—niños ilusos pero dotados de buenas agallas— dice la voz poderosa.

—Sal de tu escondite y cumple tu promesa— se impone José frente a sus hermanos que ya principiaban a querer bajar.

—No os mováis y escuchad que debo deciros algo— replica la voz —acercaos al centro de la gran roca y haced lo que os digo y mañana seréis ricos y más poderosos que nunca— continúa la siniestra voz del invisible orador —colocad cada uno de vosotros una gota de sangre encima de la gran piedra y luego tendréis recompensa—.

Rápidamente los niños presos del miedo hacen caso de las órdenes del soplo utilizando para tales efectos la fíbula de metal con que Javierita afirmaba su poncho de alpaca. Al acercarse a la gran roca la herramienta se queda pegada a ella como si de un gran imán se tratase. Razón tenían los indios locales para decir que este peñón era magnético y que la piedra imantada de su veta era muy apetecida como moneda de cambio para ellos.

—¡Cumple con tu palabra! — insiste José molesto, pero ya sin temor alguno.

— Pedid lo que queráis niños, pedid sin reservas— dice el espectro.

— Yo quiero... yo quiero ser un hábil jinete — dijo Luis, — pues yo quiero ser siempre bonita—

dijo Javiera, —Yo quiero ser fuerte como el toro que le regaló mi papá a la prima Merceditas— le sigue Juan, —yo quiero ser un gran soldado como mi papá y mejor



que todos los demás, quiero ser un rey— termina José.

Acto seguido, se levanta una fuerte ventisca que eleva por los cielos y la sombra quijotesca de un gran hombre emerge de las tinieblas.

Vestido con un levitón negro impecable y un finísimo bastón de oro labrado, el hombre del río hace acto de presencia y dice con terrible voz de metal: —habéis sellado vuestro destino con sangre, tendréis todo lo que pedís y más pero a cambio os pediré una cosa más— .

La temperatura cambia en cuestión de segundos y se torna fría como un témpano, el viento que subía y se arremolinaba en la cumbre del cerrillo elevaba rocas con una facilidad imposible, cuales plumas revoloteando al vuelo de las aves.

—¡la quiero a ella! — y señalándola con un dedo puntiagudo con una enorme garra continúa — Mi ama misía Catalina de los Ríos me trajo a este mundo para que yo prosperara sus campos de Talagante a cambio de la sangre de vírgenes princesas indias e hijas de sus criadas.

Los campos de la hacienda Las Palmas fueron fructíferos y los más apreciados frutos caían de sus árboles como en ningún otro gracias a mí, porque mi nombre es Wekufe, rey de este lugar, deidad de los indios y de todos los seres mortales. Ahora ella ya no está y yo sigo vagando por este desolado valle de muerte en búsqueda de alguien que pudiera brindarme lo que necesito, la fuente de mi poder, hasta que vosotros aparecisteis y me daréis lo que necesito— sentencia el demonio que ahora tenía la grotesca forma de un desgredado fauno.

—¡No te atrevas a tocarla o te mataré! — le dice Juan mientras que de su poncho saca disimuladamente el facón que le regaló Pascual Torres.

—Era todo un engaño pícaro y malvado demonio, nos engañaste desde un principio— replica Luis.

— ¡Tontos! Si no hacéis lo que digo sufriréis el castigo del último desgraciado que intentó engañarme y terminó colgado en la plaza de Santiago; habéis cerrado con vuestra sangre un trato que no puede ser roto, si lo rompéis dejaré caer sobre vuestros destinos toda mi indomable furia—.

Y alargando sus brazos cubiertos de pelo negro hacia Javierita quien grita despavorida; se escucha además otro, un solo grito masculino, el de Juan que en un abrir y cerrar de ojos clavó el puñal plateado en el lomo de la bestia haciendo que ésta convulsionara violentamente antes de exhalar un doloroso aullido y caer



con un estrepitoso rodado hacia las aguas del río.

El accidente generó tal estruendo que llamó la atención de los centinelas del fundo al son de: —¿quien vive? ¡Santo y seña!—. Los niños bajaron el cerrillo y pesar de que decían que se habían puesto de acuerdo durante el día para disfrutar la luna llena de esa noche fueron duramente recibidos con tirones de patilla, orejas y regaños.

Del Wekufe nunca más se supo ni se volvió a ver, solo consta que fue arrastrado por las aguas hasta desaparecer; otros dicen que volvió a habitar los campos que habían sido de la Quintrala, otros dicen que sigue viviendo en la cumbre del peñón ahora llamado cerro La Virgen, otros sin embargo, nos aferramos al decir popular de que el Wekufe existe y más poderoso que nunca esperando nuevamente la oportunidad para engañar a un incauto para someterlo a sus propósitos con promesas inimaginables de riqueza y poder.

En cuanto a los hermanos, estos vivieron bien la gran parte de su vida, pero finalmente las amenazas del Wekufe terminaron por volverse ciertas.